

En aquel momento llegó a aquel sitio Diego, el esposo de Elisa, pálido, con la corbata en desorden, con los ojos inyectados en sangre y como fuera de sí, queriendo entrar en el carruaje. Pero no tenía dinero.

El doctor, al verle, se cubrió, para no ser descubierto, entre las muchas personas que ocupaban el ómnibus.

Su objeto era dejarle allí para poder hablar a Elisa sin temor de ser sorprendido.

La obscuridad de la noche era ya completa.

El cochero subió en el pescante, dió un grito de «vamos», y mientras el carruaje partía velozmente, llevando a los individuos que habían penetrado en él, Diego, con los brazos cruzados, quieto en medio de la plaza como un insensato, ardiendo la frente y oprimido el corazón, pronunciaba palabras incoherentes, como un desgraciado a quien ha abandonado la razón.

¡Hacía un momento que era dueño de muchos miles de duros!

¡Ahora nada tiene que llevar a su familia!

CAPITULO XI

Una sorpresa

—¿Tampoco esta noche vendrá papá a dormir a casa? —decía la hermosa niña Julia a la infeliz Elisa, mientras su hermana Teresita tenía enlazado con uno de sus lindos brazos el cuello de su mamá, y extendía el otro dando la mano a su querida hermana.

—¿Tampoco, hija mía!—contestó tristemente la desdichada madre, exhalando un suspiro.

—¿Y no sabes cuándo vendrá?

—No, Julita, no lo sé..., ¡tal vez mañana! Sí; yo espero que venga mañana.

—¡Tres días sin verle!... Esto debe entristecerte, ¿no es verdad, mamá? ¡Y nosotras que no sabemos consolarte!..., que no hacemos más que aumentar tus penas, porque te desvives para que nada nos falte..., mientras tú...

—¡Ah! ¡Vosotras sois mi consuelo!... Sí, hijas mías—exclamó, estrechándolas contra su pecho, con la emoción más profunda de que es capaz el corazón de una madre—. Vuestro cariño, vuestra obediencia, vuestra ternura para conmigo, es la felicidad mayor a que puedo aspirar en la tierra!... ¡Aumentar vosotras mis penas!... ¡Vosotras, que sois el bá-

samo de mis padecimientos!... ¡Vosotras, que no tenéis más placer que estar a mi lado, como yo no tengo otra dicha mayor que estar con vosotras!... No, hijas mías; lejos de aumentar mis sufrimientos, henchís mi alma de una ventura sin límites, de un consuelo inefable y celestial.

—¡Oh!... ¿De veras, mamá?—exclamaron las dos niñas, brillando en sus ojos la alegría más inocente y pura.

—¿Podéis dudar, hijas mías?

—¡Ah!... ¡Cuán dichosas somos al escuchar que conseguimos aminorar con nuestro amor tus penas!...—dijo Teresita—. Pero si es cierto lo que dices, ¿por qué desprenderse de tus ojos en este instante esas lágrimas que bañan tu semblante? ¿Por qué lloras, madre mía?

—¡Lloro de placer..., de satisfacción..., de ternura..., de amor hacia vosotras!... ¡Sí; estas lágrimas son de exceso de felicidad, de gratitud a Dios, que se ha dignado darme por hijas dos ángeles de pureza y de candor, de obediencia y de amor filial!...

—Pero nosotras solas—advirtió Julia—no podemos tranquilizar del todo tu corazón. Para conseguirlo, falta una persona.

—¿Cuál, hija mía?

—Papá, que debe quererte mucho.

—Sí..., ¡como os quiere a vosotras!...

—Pero es muy desgraciado, según nos dijiste... Va a trabajar para procurarnos todos los bienes, y sólo encuentra reveses de fortuna... ¡Pobrecito!... Desde la última noche que le vimos, le quiero más. ¡Es tan bueno! ¡Aun siento sobre mi frente el beso que me dió al acostarme! ¡Es el primero que me ha dado! ¡Ah! ¿Por qué se fué sin despedirse de nosotras?

—Quiso hacerlo..., pero estabais dormidas y no quiso turbar vuestro tranquilo sueño!...—exclamó Elisa enternecida, tratando de disculpar a su esposo y de que conservase en el corazón de sus hijas el cariñoso lugar que corresponde a un buen padre.

—¿De veras?—dijo Teresita, irradiando sus ojos de alegría—. ¡Cuánto le quiero!... ¡Cuánto le agradezco el que se acercase a nuestro lecho! ¡Oh! ¡Lo que siento es no haber despertado en aquel instante, para abrazarle y despedirme de él!...

—Igual pena tengo yo—agregó Julia—, y lo peor es que se le agrega la de haber visto tan triste a la señorita Soledad, que ha venido a visitarte después de tanto tiempo...

—¡Pobre Soledad!—exclamó Elisa.

—¿Pobre? Al contrario—dijo Teresita—. ¿No tiene cuanto puede apetecer? Coche, lujo, abundancia, todo lo posee; nada le falta.

—¡No está la felicidad humana en las riquezas, hijas mías!... Poderosos hay llenos de dolencias físicas, que al pasar en doradas carrozas por junto a un infeliz jornalero que, lleno de salud y de apetito, tendido bajo la sombra de un árbol, devora el ordinario alimento, envidian su ordinaria comida, y darían todas sus riquezas por el bien inapreciable que disfrutan. La menor infelicidad, esto es, lo que llamamos felicidad en la tierra, está en la tranquilidad del espíritu, en la paz del alma, en las dulces satisfacciones del corazón. Las riquezas no son más que un agente que contribuye a proporcionar algunos goces de comodidad en la vida, o a hacer más ligeros los padecimientos de nuestra peregrinación en el mundo; pero no tienen poder; son ineficaces para sanar las dolencias del alma. Muchas veces es menos desgraciado el humilde labrador que cava la tierra desde que sale hasta que se pone el sol, que el potentado sin ocupación que, hastiado de los placeres, cae en ese inconsolable indiferentismo, que equivale a la privación de todos los goces, puesto que ninguno de ellos encierra atractivo para él.

—Pues yo siempre he creído que la persona que no necesita trabajar, era más feliz que aquella que está obligada a ocuparse de algo, puesto que el trabajo es la maldición que echó Dios al hombre, cuando le dijo: «Comerás con el sudor de tu rostro».

—Pues ahí se ve la gran sabiduría del Señor, hijas mías. Condenó al hombre a trabajar; y fué tan sabia la pena que le impuso, tan indispensable en la triste situación en que quedaba el mísero mortal perdida la gracia, en su tendencia al mal, que nada es más grato al hombre honrado que el trabajo que robustece el cuerpo, despierta los sentidos, engrandece su alma, aviva su ingenio, le salva de los vicios, le hace escudriñar los secretos de la naturaleza instruyéndole, y le proporciona nobles goces, tanto más apreciables y llenos de encanto y de atractivos, cuanto menos ha podido abusar de ellos. El castigo, pues, se ha convertido en una imperiosa necesidad que, cumplida, satisface y consueta. Sin esa pena, el hombre, aun cuando de nada careciese, viviría en el hastío que se origina de la ociosidad continua, sin saber qué hacer, arrastrando una vida de disgusto, una carga pesada, intolerable, una existencia monótona y desgraciada hasta bajar a la tumba. El mayor castigo que

hoy se podría imponer al hombre, sería relevarle por completo de ese castigo que le impuso el Supremo Hacedor, al perder la fuerza de la gracia. Desde el más rústico campesino hasta el más poderoso monarca, todos buscan la ocupación como un consuelo a la vida. Quien de nada carece, busca un entretenimiento «para matar el tiempo», como suele decirse. La criatura faltó a su Creador, y el Creador, como sumamente justo, le hizo sentir el castigo; pero este castigo, como impuesto también por un Sér sumamente sabio y misericordioso, envolvía el bien social, la garantía de los buenos, la práctica de las virtudes, el antemural a la corrupción y a la inmoralidad que hubieran nivelado al género humano con las bestias, conduciéndole después de una vida monótona y cansada a una eternidad de tormentos inauditos.

—¿Es decir, que a Adán le impuso ese castigo?

—Sin duda alguna.

—Y ¿por qué el castigo no acabó en él, sin pasar con la culpa a sus descendientes? Y te pregunto esto, querida mamá, porque el otro día oí decir a unos señores que Dios era demasiado bueno para que la inocente familia de Adán pagase el pecado de su padre.

—Esos señores, hija mía, ignoraban lo que debían saber, y hablaban sin conocimiento de la verdad.

—Luego, ¿es justo que nosotros padezcamos como él padeció?

—Nada hay más cierto.

—Y ¿no quieres explicarnos la razón que hay para que heredemos sus desgracias? Pues así podré responder a los que me arguyan en contra.

—Con mucho gusto; os lo voy a explicar con un ejemplo muy sencillo.

—Ya te escuchamos.

Y las dos niñas se acercaron cuanto les fué posible a la bondadosa madre.

—Supongamos que el monarca más poderoso y benévolo de la tierra, impulsado únicamente del deseo de favorecer a un pobre desgraciado, le colma de favores, le eleva a los primeros puestos y le nombra embajador de otra suntuosa corte, prometiéndole riquezas, favor y distinguidos honores si cumple fielmente con una misión noble, justa y patriótica que se le confía; mas de despojarle de todo, y aun castigarle, si en vez de desempeñar lealmente su cometido, se descarrila de sus deberes. Supongamos, además, que el favorecido tan liberalmente no tiene hijos, y que,

estando en posesión de su honroso cargo, en lugar de cumplir con las órdenes del monarca, las desprecia y las traspasa, despreciando a su favorecedor y hollando las condiciones bajo las cuales le colmó de honores, perdiendo, como era justo, por su desobediencia, el alto destino y las riquezas, y volviendo a quedar en la misma miseria de que el favorecedor le sacó llevado de su excesiva bondad. Supongamos, por último, que después de haber perdido, por su culpa, todo lo que aquel poderoso monarca con liberal mano le había concedido, tiene una descendencia numerosa; ¿tendrá jamás esta numerosa descendencia derecho para quejarse del que a su padre había favorecido, ni para reclamar los bienes que a su padre quiso conceder condicionalmente? De ninguna manera. Los hijos nacieron cuando el que les dió la vida volvió a la miseria, no cuando era embajador; así es que sólo heredaron su pobreza y no su esplendor. Adán fué expulsado del Paraíso por su culpa, y toda su descendencia, habida después del pecado, por un orden natural, consecuencia de los mismos acontecimientos, al venir al mundo se encontró envuelta en la miseria, en la desgracia y los padecimientos, como que Adán ya había perdido para entonces todos sus bienes, y no tenía nada que dar a sus desventurados hijos.

—Ahora comprendo perfectamente—dijo Teresita—la causa justa que existe para que heredemos las desgracias y los trabajos.

—Y por eso no es posible la felicidad cumplida en la tierra—añadió la mamá—; porque Adán no la disfrutó después de la culpa.

—No es extraño, de esta suerte—advirtió Julia—, que la señorita Soledad, a pesar de las comodidades que disfruta, tenga, como dijo mamá, alguna pena que la inquiete.

—Lo siento—dijo Teresita—, porque ¡es tan buena con nosotros!... ¡Venir a vernos..., a ofrecer a mamá cuanto necesita!...

—Y que lo ofrece de corazón, hijas mías. Cuando era pobre, cuando era nuestra vecina, siempre venía a socorrer nuestra miseria..., a mitigar el hambre que os aquejaba...

—Y hubiera seguido favoreciéndonos, a no haberle asegurado y convencido que la señorita Clotilde se había hecho cargo de atender mensualmente a nuestra subsistencia.

—¡Oh! Sí..., las dos se han conducido con nosotras de una manera admirable... Si no por ellas, tal vez me hubiera visto precisada a separarme de vosotras..., a suplicar os admitiesen en el Colegio de las Vizcaínas, sin que en mi sole-

dad tuviese quien me consolase, ni a quien estrechar contra mi corazón, como lo hago en este instante...

Y Elisa, conmovida y vertiendo algunas lágrimas, estrechó a sus queridas hijas contra su amoroso pecho.

—¡Separarnos de ti!...—exclamaron las dos niñas, acariciándola—. ¡Oh! ¡Eso hubiera causado nuestra muerte!... ¡No lo recuerdes, mamá, porque nos entristeces!... ¡Más queremos morir a tu lado, de miseria y de necesidad, que gozar, separadas de ti, de todos los bienes de la tierra!...

—¡Hijas mías!...—pronunció Elisa, y no pudo continuar, porque la emoción y las lágrimas embargaron su voz—. ¡Es tan grato para una madre verse amada tiernamente por sus hijos!...

Pobre, abandonada, por decirlo así, del hombre en quien había creído encontrar la felicidad..., con un presente triste, y con un porvenir obscuro y amargo, la infeliz se embriagaba en el cariño de aquellos dos ángeles, que con su filial ternura embalsamaban las profundas penas de su alma...

—¡Ya te has vuelto a poner triste!—le dijo Julia—. ¿Ya ves? ¡Nunca vuelvas a hablarnos de separación, mamá! Dios, que nos quiere mucho, y al cual siempre rogamos por tu felicidad, nos ha conseguido dos benévolas protectoras que nunca nos abandonarán en el mundo: Clotilde y Soledad. ¿No lo crees así, mamá? ¿No crees que te quieren como tú eres digna de ser querida, como te queremos nosotras?

—¡Sí, hijas mías! Son dos virtuosas jóvenes en quienes Dios ha colocado los más nobles sentimientos.

—Y ¿por qué no hemos de esperar—advirtió Teresita—que cambie la suerte de nuestro desgraciado papá?

—¡Vuestro padre!...—exclamó Elisa con sentimiento.

—¿No nos has dicho que salió con objeto de ver si alcanzaba lo necesario para atender a nuestras necesidades?

—¡Sí..., es verdad!

—¿Para no volverse a separar nunca de nosotras?

—¡Sí!... Teresita.

—¡Ah!... ¡Dios quiera que se realice su deseo!... Entonces sí que seremos felices, porque tú estarás contenta al verte rodeada de él y de nosotras, que estaremos pendientes de tus más ligeros pensamientos...

—¡Gracias, hijas mías!...

—Y obsequiaremos a nuestra excelente maestra Amalia, que con particular esmero nos educa, enviándole un regalo digno de ella y de nuestra gratitud.

—¡Tenéis un bellissimo corazón!

—¡Como que la pobre está muy triste desde que no se pre-

senta en la ventana la loca!... Dice que le interesó sobremedera su simpática figura, y que teme que haya muerto o que le hayan conducido a la casa de dementes.

—¡Pobre joven!—exclamó Elisa—. ¿Y a quién no interesan la hermosura y la desgracia?

—Es que nuestra querida preceptora aprecia a cuantas personas revelan un limpio corazón. ¿No has visto con qué placer estuvo durante la visita que nos hizo la señorita Soledad..., con qué gusto la escuchaba y con cuánto regocijo la contemplaba?

—Sí; y ambas se han separado tristes y enternecidas, ofreciéndose una amistad íntima. Pero, vosotras, hijas mías, tenéis ya sueño, la noche está avanzada, y no quiero abusar de vuestro cariño, deteniéndoos por más tiempo a mi lado; podéis, pues, acostaros, mientras yo arreglo en la sala algunas cositas, para que mañana os levantéis a estudiar temprano.

—Como tú dispongas, querida mamá.

Elisa se levantó de donde estaba sentada y se dirigió con sus dos hijas al sitio en que estaba la cama de éstas, separada de la suya por un biombo; las desnudó, les dió un beso en la frente, permaneció al lado de ellas hasta verlas entregadas a un profundo sueño; y después de dirigirles una tierna y dulcísima mirada de compasión y de amor, salió a la otra pieza, dejando para que ventilase la alcoba, entreabierta la ventana hasta la hora en que ella se acostase.

La ocupación que tenía que desempeñar era entregarse a sus cristianas oraciones.

Para que la luz de la vela no penetrase en la pieza en que descansaban Julia y Teresita, entornó la puerta, colocó el candelero sobre la mesita de pino, se acercó a un cuadro que representaba a la Virgen de la Soledad, se puso de rodillas ante la sagrada imagen y empezó a elevar hacia el trono de la Madre del Salvador, una súplica ferviente y sentida.

Todo el vecindario descansaba de las fatigas del día.

La noche estaba oscura como el porvenir del malvado.

Gruesos nubarrones encapotaban el cielo.

Las copas de los árboles que se elevaban en la pequeña pradera, se inclinaban mansamente al impulso del viento, dejando oír un siniestro y pavoroso ruido, producido por las hojas.

Elisa nada escuchaba. Extasiada en su oración, sus sentidos y sus potencias estaban en Dios.

En aquel momento apareció en el solitario patio un hombre, mirando cautelosamente a todas partes.

En sus ojos se veían pintados el recelo y la audacia a la vez. Iba envuelto en un largo levitón, cuyo cuello lo llevaba derecho para ocultar su faz. Un sombrero de ala ancha le bajaba hasta las cejas, envolviendo en sombras lo poco que le quedaba descubierto del rostro. Un grueso bastón de estoque sustentaba en la mano derecha. Sus pasos eran largos; pero se detenía a cada uno de ellos para observar si alguien se movía en aquel recinto.

—¡Nada!...—dijo, después de permanecer en observación un rato—. ¡Nadie se mueve!... ¡Todos duermen!... ¡Ea, valor!... ¡Tuya es la noche!...

Y aquel hombre, conteniendo la respiración y marchando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido, se fué acercando poco a poco, y como un fantasma, hacia la habitación de Elisa.

De repente se detuvo y miró hacia atrás, para ver si alguien lo seguía.

En seguida dió otros pasos más, y llegó al sitio deseado.

Al acercarse, volvió a dirigir la vista a todas partes, para cerciorarse de que estaba solo. Convencido de ello, aplicó el oído a la puerta, y nada escuchó. Entonces miró por la cerradura, y vió que había luz dentro. Registró con la vista la pieza y descubrió a Elisa arrodillada, orando fervorosamente.

Al verla, su corazón latió con violencia; sus ojos se inflamaron con el fuego de una pasión satánica, y en sus labios vagó una lúbrica sonrisa.

—Está sola—dijo para sí, con diabólica satisfacción.

De repente hizo un gesto de temor.

—¿Estará cerrada la puerta?—pensó.

En seguida, dominado por una irresistible impaciencia, empujó suavemente la puerta.

—¡Está abierta!...—exclamó para sí, con indecible alegría.

Satisfecho de aquella favorable circunstancia, siguió empujándola cuidadosamente, evitando hacer el menor ruido.

Elisa, que se hallaba de espaldas, nada advirtió.

El hombre, al ver que había suficiente espacio, asomó la cabeza, luego el pecho, y, por último, deslizó todo el cuerpo, penetró en la pieza sin ser visto, y cerró la puerta tras de sí con llave, guardándose ésta en el bolsillo.

El ruido de la cerradura sacó a Elisa de su éxtasis religioso, y la hizo volver la cara.

—¡Dios mío!...—exclamó sobresaltada y levantándose precipitadamente—. ¡Willey!...

Y quiso correr para penetrar en el cuarto de sus hijas.

Pero el doctor, que había previsto aquel movimiento, guardaba ya la entrada de la alcoba.

La afligida mujer corrió entonces hacia la que daba al patio, con objeto de pedir auxilio, pero la encontró cerrada.

—No puede usted escapar, Elisa; está usted en mi poder, y la menor voz que dé usted será la sentencia de muerte de una de sus criaturas.

Elisa quedó aterrada con aquella terrible amenaza.

—¡Ah!... ¿Qué intenta usted?—exclamó, temblando y pálida como la muerte.

—¿Puede usted ignorarlo, Elisa? ¿Puede intentar el que ama con delirio, el que muere de amor, el que muere con los desprecios de la mujer que adora, puede intentar otra cosa, repito, que el fin de sus padecimientos, de sus penas, de sus humillaciones, con el logro de una correspondencia que le vuelva la vida, la calma y la felicidad?

—¡Oh! ¡Me hace usted estremecer!...

—Tengo en mi poder, hace tiempo, un papel que podría vengarme de sus continuos desprecios, si yo tratase de vengarme..., un papel que si cayese en manos de su esposo...

—¡No!... ¡No será usted tan cruel que anhele aumentar la desgracia de una familia que en nada le ha ofendido!...—dijo Elisa, juntando las manos con una expresión de dolor indescriptible.

—Pero no se trata aquí de venganza..., yo no he venido a amenazarla con él, sino a suplicar, a rogar, a pedirle una palabra de amor que me haga olvidar en un instante, todos sus desdenes, toda su ingratitud... Una palabra de amor que, al hacerme sentir todas las dichas de la tierra, le haga a usted dueña de ese mismo papel que hoy le sobresalta y le inquieta.

—Y ¿cree usted que mi sobresalto y mi inquietud cesarían con la posesión de ese papel, recibéndolo como pago de mi infamia? No, doctor; ya otra vez me ha hecho usted esa horrible proposición, y la he desechado indignada... Entonces le dije a usted que preferiría los enojos y la cólera de mi esposo a la deshonra que usted me proponía, y hoy repito lo que entonces dije: ¡Todo, antes que mi amor!...

Wiley se mordió los labios.

—¿Es decir, que no hay esperanza de que alcance por mi deferencia y sufrimientos, la correspondencia de su cariño?

—¡No!... ¡Jamás!... ¡Antes la muerte!...—exclamó Elisa, con una resolución que hizo estallar la cólera de Wiley.

—Pues bien, Elisa, lo que no han conseguido los ruegos y las consideraciones, alcanzará la fuerza.

—¡La fuerza!...—dijo sobresaltada la desdichada mujer, mirando hacia todas partes para ver si encontraba un sitio por donde huir de aquel hombre que la amenazaba.

Pero la puerta del patio estaba cerrada con llave, y la de la alcoba se encontraba guardada por el doctor.

—¡Sí, Elisa; por la fuerza!...—exclamó éste con ronco acento—. Está usted sola... Diego se halla lejos de aquí..., imposibilitado de volver esta noche, porque todo lo ha perdido... ¡Nada le puede a usted salvar... Está usted en mi poder!... ¡Y no saldré de aquí hasta no alcanzar la dicha por tanto tiempo esperada!...

Y los ojos del doctor brillaron con el fuego de una pasión impura, encendidos como dos ascuas y como queriendo salirse de sus órbitas; en su horrible semblante pintóse la lujuria, hincháronse las venas de su frente con la sangre impura que se agolpaba de su inflamado pecho, y a sus labios se asomó la lúbrica sonrisa del hombre encenagado en el miserable vicio de la lujuria.

Un grito de terror lanzó Elisa al conocer el peligro que la amenazaba.

Wiley conoció que era el momento oportuno de vencer a su víctima, y sin darle tiempo a que volviese del terror que la dominaba, se dirigió a ella.

Un solo paso le separaba de Elisa, cuando se sintió agarrado por detrás, por un hombre que le sujetaba fuertemente de los brazos.

Aquel hombre había entrado por la ventana de la alcoba en que dormían las niñas, y que, como hemos visto, había dejado abierta Elisa.

El doctor no podía ver quién le sujetaba; hizo un movimiento para desprenderse y lanzó un grito de rabia al ver que eran impotentes sus esfuerzos para conseguirlo, y que estaba sujeto y oprimido como por un tornillo de hierro.

Elisa ignoraba quién era aquel hombre... No recordaba haberlo visto nunca, y temió que fuese un malhechor que había penetrado con siniestros fines.

Sobrecogida de terror, y queriendo aprovechar aquel momento oportuno, iba a penetrar en la alcoba de sus hijas para pedir auxilio a la vecindad; pero le detuvo el ruido de una llave con que abrían en aquel momento la puerta.

El hombre que sujetaba al doctor, sorprendido a su vez por aquel ruido, aflojó sus manos, y Wiley, advertido al instante de ello, hizo un fuerte impulso, se desprendió de él, penetró en la alcoba, y saltando por la ventana al patio, huyó a la calle, al mismo tiempo que se presentó en el

umbral de la puerta, con los ojos encendidos de ira, despeinado el cabello, en desorden la ropa y cubierto de polvo, el esposo de Elisa.

Esta, aunque inocente, quedó anonadada al verle.

Diego arrojó sobre ella y el hombre que estaba a su lado, una mirada horrible..., rechinó los dientes..., dejó escapar de sus labios una imprecación espantosa..., sacó del bolsillo una daga..., se abalanzó a ellos...

Se oyó un grito...

Tras él se escuchó el ruido de un cuerpo que cae a plomo en el suelo...

FIN DEL TOMO PRIMERO

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. I.



